

solo quedó, por una de aquellas combinaciones raras que en las votaciones populares suelen ocurrir, *Mademoiselle Prevost-Colom*, á quien Dios conserve la fuerza de pulmon necesaria para hacerse oír entre aquellas griterías, y San Blas le mejore la garganta que no era por cierto de las mas aventajadas.

El público, mi soberano tambien, juzgará ahora si llamé con razon al *gran teatro* de Burdeos *plaza de toros*.

#### Primer camino de hierro.

Los dias que el temporal no estaba á propósito para tomar mi baño matutino, bien en los de *Orleans* sobre el Garona, bien en los de la *escuela de natacion*, ó bien en los del sólido y magnífico edificio de *Chapeau-Rouge*, destinábalos á hacer alguna excursion por las cercanías de la capital.

Una de ellas fué á *La Teste*, pueblecito distante unas 13 leguas francesas al Suroeste de Burdeos, cerca del golfo de Gascuña, en terreno de Lándas. Primer camino de hierro que se encuentra yendo de España, y el primero (confieso humildemente mi atraso en conocimientos camineros) que veíamos los dos exclaustros viajeros en toda nuestra vida. Por lo mismo era mayor y mas natural nuestra curiosidad.

Sin embargo, no me detendré ahora á hacer la descripción de los caminos de hierro, ya porque vendrá mas adelante la Bélgica, que es el país en que mas abundan y en que están mejor organizados, ya porque el de Burdeos á la Teste dista todavía mucho del estado en que se encuentran otros de la misma Francia, aunque no sea sino por constar este de un solo carril, y de consiguiente no poder emplearse los convoyes en viajes de ida y vuelta simultáneamente como en los demas, ni por otra parte es el movimiento tan rápido y veloz como el que se experimenta en los caminos belgas. Los coches, sí, son hermosos y bien acondicionados, y participan de la belleza y solidez comun á todos los carruajes de Burdeos; de cabida de treinta personas cada uno, divididos en tres cómodos departamentos de á diez.

Cuando Tirabeque vió aquella larga fila de coches, char-á-banes, wagones y furgones que constituian el convoy expedicionario; abrió la boca, me encandiló los ojos, se santiguó y dijo: « ¡ qué barbaridad, mi amo! — ¿ Pues dónde y cómo, le repliqué, querias tú que se acomodaran las 300 personas que próximamente has visto acudir á tomar asiento? Y vámonos á buscar el que nos cor-

responde, porque el convoy se va á poner muy luego en marcha. — Deje Vd., Sr., que no corre prisa, porque primero que enganchen los caballos, que tengo para mí que no deberán ser ménos de cincuenta ó sesenta para arrastrar todo este tren..... — ¡ *Oh terque quaterque stultus laicus!* ¡ Oh tres y cuatro veces estólido lego! ¿ Pues no sabes, hombre mil veces lego, que los coches en caminos de hierro no son tirados por caballos sino por esa máquina de vapor que ves humeando ahí? — Sr., es verdad que yo habia oido que andaban por vapor, pero creí que era por medio de caballos de vapor. — Calla, estúpido, calla, no prosigas, no sea que te oigan y desacredites el nombre español: entra ahí cuanto ántes y enmudece.

Entrámos; sonaron las ocho y média, y púsose en movimiento el convoy. Apénas habíamos salido á campo raso cuando lo primero que hizo el bueno de Pelegrin fué asomar medio cuerpo por la ventanilla: le tiré del brazo, y le dije: « lee, si sabes, ese escrito. » Leyó y decia: « Se prohíbe fumar dentro del carruaje. Se prohíbe igualmente sacar fuera de las ventanillas la cabeza, brazo ú otra cualquier parte del cuerpo. La empresa no responde de los azares que puedan suceder á los viajeros que no se sujetaren á estas prevenciones. » ¡ Hola, hola, mi amo! exclamó Tirabeque; está visto que aquí no hay que andarse en bromas; recojámonos hácia adentro, que no me haria gracia desmembrarme á vapor. — No creo que en este camino, añadí, haya peligro alguno, pero podia por una incidencia casual hallarse algun tropiezo y entónces no te costaria mas que dejar la cabeza, el brazo ó lo que llevases fuera, y tu seguirias muy sereno hasta concluir la jornada; cuanto mas que el fogon de la máquina siempre va soltando algunas ascuas, y tampoco te gustaria que te se chamuscara la caballera. — No Sr., no; asomaré cuando mas un cuarto de nariz.

La rapidez con que se marcha apénas nos permitia ver los camineros que de média en média legua, colocados en pié á la orilla del camino, con una mano puesta sobre el corazon y con el otro brazo extendido, indican que el convoy puede seguir sin inconveniente por el trozo puesto á su cuidado: asi como desaparecian instantáneamente las casetillas de madera de trecho en trecho colocadas y sobre las cuales tremolan en los casos necesarios banderas ó pabellones que sirven de aviso al director del convoy. Conversando iba entretenidamente, yo Fr. Gerundio, con otro compañero de viaje, sobre la suavidad del movimiento de los coches, cuando exclamó Tirabeque como con sorpresa: Sr., Sr., ¿ qué dia-

blos de tierra es esta en que los pinos bailan la *bolancheira* como si fuesen cristianos? Yo no pude ménos de echarme á reir de la ocurrencia, pues efectivamente con la celeridad que llevaba el carruaje, parecia que los bosques de pinos que quedaban á los lados se movian bailando circularmente. — ¿Qué es lo que dice *Monsieur*? me preguntó oyéndome hablar con el viajante frances. — Observa, le respondí yo, y extraña el uso de los habitantes de este país en esto de andar en zancos.

Esta contestacion hizo á Tirabeque reparar lo que hasta entonces no habia observado. Y era cosa que le divertia en gran manera ver á los pastores y pastoras de aquellas Lándas, con sus sombreritos de paja las últimas, marchar por aquel terreno pantanoso y arenisco sobre altos zancos, sintiendo en el alma que la velocidad del convoy no le permitiera contemplarlos detenidamente y á su sabor. En las cortas detenciones que hacíamos en cada *estacion*, contemplábamos tambien las miserables chozas y rústicas cabañas construidas de ramas de árboles, esparcidas por aquellos estériles y cenagosos campos, en que se cobijan los infelices habitantes del país, pescadores la mayor parte, que mas que moradores de una nacion grande, rica y civilizada, parecen en su traje, ocupaciones y modo de vivir, los primeros pobladores que vinieron al mundo á poco de la creacion.

*Monseñor Denmet* el arzobispo, que tambien iba en la expedicion, se nos separó en la *estacion de Mestras*, donde ya le esperaba una numerosa comitiva eclesiástica, con la cual partió á una feligrésia de la comarca. Nosotros continuámos nuestra férrea ruta, y llegámos á *La Teste* á las diez y cuarto, lo que equivale á decir que empleámos siete cuartos de hora en andar las 13 leguas francesas, ó sea unas  $8\frac{1}{2}$  de España, inclusas las paradas en las diferentes *estaciones*, alguna de las cuales se hizo mas larga por consideraciones á *Monseñor*.

No bien nos habamos bajado del carruaje cuando nos vimos circundados de una nube de *Testáceos* (habitantes de la *Teste*), que se disputaban la primacia en ofrecernos sus hoteles, discurrendo cada cual el medio de comprometernos á dar la preferencia al suyo. El uno nos ponía en la mano su billete ó *adresse*, ponderándonos las comodidades y baratura que en él íbamos á gozar; el otro nos le acercaba á los ojos para que nos enteráramos del buen servicio de su fonda nueva, desacreditando al anterior; el otro nos metía un puñado de ellos en el bolsillo, diciendo que los dos que nos hablaban eran unos charlatanes; el otro nos decia que no

nos fiáramos en ninguno de los tres, y tomándonos por la mano añadía que si la queríamos acertar, le siguiéramos al hotel de *Chaumont*; el otro nos tiraba de la levita, diciendo que el único hotel acreditado era el de la *Providencia*; el otro decia que en el de *Burdeos* habia una asistencia esmerada y casi gratuita, y que todo lo demas que nos dijeran era pura charlataneria; el otro trataba de persuadirnos por medio de una arenga que nada era comparable al del *Capon fino*, donde habia un hermoso jardin para nuestro recreo, hecho casi ex-profeso para nosotros; y todos nos hablaban, y todos nos alargaban billetes, y todos nos asian del brazo y todos nos empujaban, y todos se disputaban nuestro hospedaje, y casi se venian á las manos. — ¿Qué te parece, Pelegrin? le dije á mi lego; dónde opinas tú que vayamos? — Señor, me respondió, aquí no hay mas que echarse en manos de la providencia.

El del hotel de la *Providencia*, que oyó pronunciar una cosa que le sonaba á *Providence*, se dió por preferido, y repartiendo empellones entre sus cofrades, « señores, dijo, *Monsieur* ha optado por el de la *Providencia*; respetad su fallo, y permitid á estos señores que me sigan. » Y volviéndose á nosotros, « seguidme, dignísimos viajeros, nos dijo; seguidme, que seguro estoy de que me habréis de dar las gracias. »

Seguímosle pues, no sin que los otros continuaran dirigiéndonos instancias con la esperanza de que todavía se revocara la sentencia. Entrámos en el hotel; almorzámos lo que la providencia se sirvió depararnos, y nos dispusimos á ir á visitar los baños de *La Teste*.

#### El Infante D. Francisco de España.

Desde *La Teste* á los *Baños* hay una legua de todos los diablos, no por la distancia que haya de los olmos á los álamos como dice el castellano cantar, puesto que allí no se hallan álamos ni olmos, sino pinares y mas pinares, pero por la naturaleza del camino, que es un continuado arenal entrecortado de lagunas (*marécageux*) y de esponjosas praderas, donde se hundian hasta el eje las ruedas de un malaventurado coche que pudimos encontrar. Nuestra marcha era como la discusion del proyecto de contestacion al discurso de la corona que aquí acaba de terminar, porque cada paso era un pantano ó un párrafo de dificultades, y gracias á la resolucion del jóven *Michel*, que como otro Méndez Vigo, cortaba por el atajo sin aprension alguna, fuimos saliendo de ellos, é inter-

nándonos por la estrecha y mas enjuta via, que por entre espesos pinos á los Baños conduce.

Consisten estos célebres baños de mar en dos grandes, aseados y bien distribuidos establecimientos situados á la orilla de una vasta ensenada de mas de dos leguas de extension que forman las aguas del Golfo de Gascuña, y otro tanto distante de la embocadura del Océano. Tanto como ofrece la rada de seguridad y comodidad á los bañistas, otro tanto tienen aquellos sitios de tristes, melancólicos é inanimados, á lo que ayudaba tambien lo nebuloso del dia. Las únicas embarcaciones que circulan por aquella ensenada son miserables barquillas y botecitos de pescar, remados por mujeres. Ni una mediana poblacion á sus inmediaciones, ni un pedazo de campo por donde poder pasear, ni en carruaje, ni á caballo, ni á pié: aislados los establecimientos entre las aguas de una parte y los arenosos pinares de otra, por donde no pudiera darse un paso sin embutirse hasta la rodilla y sin rozarse con ásperos arbustos y matorrales, tienen aquellos baños todo el aspecto de un destierro, solo habitable por la necesidad de recobrar la salud.

« Malencónico es esto por demas, mi amo, me dijo Tirabeque; bien desesperado deberá estar el que venga á habitar estas soledades. — Así es la verdad, Pelegrin, le respondí. Pero has de saber que en estas soledades existe una familia cuya conservación puede influir grandemente en la suerte de nuestra España. — Acaso algunos desterrados, Señor. — No estoy léjos, Pelegrin, de darles esa calificación, porque destierros hay que aunque no hayan sido dispuestos por leyes ni sentencias de los tribunales, no por eso dejan de ser destierros mistos de espontáneos y forzosos. ¡ Quién sabe si la mano misma de la Reina de nuestra España estará destinada por la providencia para un individuo de esta familia! ¡ Y quién sabe tambien si entre los muchos inconvenientes que la grave cuestion de este enlace ha de suscitar, será acaso este el menor, el que ofrezca ménos escollos! Porque al cabo, Pelegrin, de optar entre príncipes extraños que hubieran de acabar de aherrojarnos con los grillos de las extranjeras influencias, quizá fuera el menor mal que nuestra Reina compartiese el trono con otro príncipe español, y príncipe cuya familia está comprometida é identificada con las instituciones y la marcha que hemos adoptado y que no podemos ménos de seguir.

— Señor, segun eso son personas de cuenta las que están aquí; y por lo que Vd. se explica, ó yo soy un bodoque muy completo,

ó es la familia del infante D. Francisco; pero si así es, extraño mucho que no me ha dicho Vd. una palabra hasta ahora.... *Voilà, Messieurs, le voilà le Prince espagnol*, dijo el cochero Miguel, que le conocia de los frecuentes viajes que hacia á los Baños. — En efecto, Tirabeque, héle allí al Infante asomado á una de las ventanas. — Señor, ¿aquel de las barbas rubias? — Aquel, sí, á lo ménos ántes *rubicundus erat Infans*: no hay duda, aquel es.

Iba ya mas de dos meses que los Príncipes vivian en aquel angustioso desierto, siempre pensando, siempre ansiando, siempre soñando con volver á su patria; y allí permanecieron humilde y oscuramente retirados por desavenencias y desacuerdos que hubieran debido mucho ántes prescribir, hasta que el regente y el gobierno les abrieron las puertas de España en el último Octubre. ¿ Quién pensara entónces que habia de volverlos á encontrar en Búrgos, cerrada todavía para ellos la entrada en la Corte, desairada, humillada allí su alta clase y dignidad, aun mas humillada que en el desierto de la *Teste*, porque allá estaban entre extraños, y acá viven entre compatriotas, testigos presenciales de su postergación? Si existia alguna causa, alguna razon política ó de familia por que no conviniese su presencia en España, ¿á qué acceder á su afanoso deseo franqueándoles las puertas de la nacion? Si esta causa no existe, á qué inhibirles la residencia en la Corte, privándolos de un derecho que no se niega al último español, como no sea criminal? ¡ Y pluguiese al cielo no se albergara impunemente en la Corte un enjambre de criminales, miéntras los únicos Príncipes de la sangre real que se han pronunciado en favor de nuestras instituciones, sufren un ostracismo cuya causa no se acierta á explicar!

Y cuenta que ni la mas remota afeccion personal me liga á ninguno de los individuos de la ilustre relegada familia, y harto lo demostré cuando extendí mi gerundiana crítica al mismo Príncipe en aquello de la felicitación que dirigió al regente del reino, por lo mismo que me pareció que rebajaba en los términos y en el modo su alta dignidad (1). Pero por la propia razon me da grima que así se abata y degrade á personajes ilustres que han llevado espontáneamente tan adelante como puede haber llevado cualquiera sus compromisos por la causa constitucional. ¿ Tan sobrados estamos de Príncipes españoles que hayan abrazado la causa del pueblo para cuando llegue el caso (que no fuera malo ir pen-

(1) Capillada 339.

sando en ello) de buscar un esposo á la reina Isabel? Y sin meterme ahora en prejuzgar la cuestion ¿tan de sobra tendremos príncipes extranjeros que no ofrezcan sérios y graves temores de menoscabo para la independencia nacional? (1)

Mirábale Tirabeque de hito en hito desde léjos, diciendo: « ¡Pobre hermano Paquito, y qué vida tan tonta te deben estar haciendo pasar aquí en este triste solitario albergue, de la inocencia venerable asilo! — ¿De la inocencia, hombre? — Si parece un pobrecillo, señor; á lo ménos mirado desde aquí.....

Entrámos luego en su vivienda, que consistia en la mitad de uno de los establecimientos que tenia arrendada. Visitámos su gabinete de lectura, donde nos entretuvimos en leer algunos periódicos españoles, y evacuada nuestra visita de pura curiosidad é inclinacion española, volvimos á tomar nuestro coche tumbon, y regresámos á *La Teste* á esperar la hora de la salida del convoy de vapor para Burdeos.

Esta hora estaba señalada para las cinco en punto, pero se prorogó hasta las cinco y média por consideracion á Monseñor el arzobispo que habia avisado tomaria allí el camino de hierro, y aun no habia llegado. « ¡ Siempre esperar por Monseñor! decia Tirabeque ya un poco amostazado: ¡ válgate Dios, por Monseñor! ¡ Y dicen estos del clero de España! Pues allí no se gasta tanta solfa con los Monseñores. »

Al fin llegó *Monseñor*, sentado muy apostólicamente en una hermosa carretela, seguida de una numerosa cohorte eclesiástica en multitud de coches evangélicos y de briosos caballos de pobreza religiosa: agolpáronse las gentes todas á besuquearle la mano, diéronle algunos vivas, entró en el convoy, entrámos tambien nosotros, y á poco mas de las siete dieron nuestras humanidades reverendas cima y cabo á la jornada en la casa-administracion del camino de hierro de Burdeos, y trasladándonos á uno de los *omnibus* que allí esperan la llegada de los convoyes, descendimos en el *restaurant de Richelieu* con el piadoso objeto de yantar.

#### Otra excursion en vapor.

Era menester neutralizar la impresion del monótono país que habíamos recorrido aquel dia con la de otros mas delicioso y pinto-

(1) Despues de escrito este artículo y ántes de esta publicacion, tuvimos el gusto de ver á SS. AA. en Madrid.

resco. Pocos mas á propósito pudieran proporcionarse para el objeto que las riberas del Garona; los vapores ofrecian facilidad, por nuestra parte habia disposicion, habíala tambien por la de algunos amigos, y vencidas todas estas dificultades, se acordó dar un paseo hasta *Langon*, distante unas diez leguas al Sur de la capital.

Multitud de vapores viajan constantemente por las aguas del Garona en una y otra direccion. Hacen la carrera por la parte del mediodia, por donde nosotros habíamos de ir, *el Telégrafo*, *la Picardía*, *la Esperanza*, *el Montesquieu*, como una docena titulados *el Rayo*, varios con el nombre del *Garona*, y otros muchos que no tengo presentes. Á nosotros nos tocó viajar á la ida en *la Picardía*, que aunque supongo tomaria el nombre del país de Francia así llamado, Tirabeque lo atribuyó á que era largo y angosto como sepultura de pícaro. Íbamos á bajar á la cámara de popa, cuando nos detuvo el capitán diciendo: — Perdon, Sres., que no es esta la cámara de Vds. — ¿Cómo que no? le contestó Pelegrin: ¿me enseñará Vd. á mí cuál es la primera cámara? — Ah, perdon, Monsieur; en los demas barcos la primera es la popa, pero en *la Picardía* es al revés. — Diga Vd. Monsieur capitán, ¿y trae Vd. ánimo de hacernos muchas picardías como esta? Pero á bien que no me sorprenden estos vice-versas en las cámaras, porque allá tambien algunas veces la primera cámara va delante de la segunda y andan al revés. — Qué, ¿ tambien en la España hay picardías? — No Sr., allí no hay Picardías vapores; si las hay, son de otra clase; cuanto mas que yo hablaba ahora del Senado y el Congreso, que á veces va delante el que debia ir detras. — Perdon, Monsieur, no os entiendo. — Pues si Vd. no me entiende, qué he de hacer yo? — Vámonos, Pelegrin, le dije; y cuida de nuestro pequeño equipaje, porque ve lo que dice ese letrado: « no se responde de los efectos de los Sres. viajeros. »

Y acordámos ir sobre la cubierta para disfrutar mejor de la encantadora perspectiva de las deliciosísimas y fértiles colinas de la margen izquierda, y de los frondosos y amenos paisajes de la derecha del rio. Si deleitosa y pintoresca era la vista de los viñedos, bosques de frutales, caseríos de recreo, sotos, castillos, fondas, cafés y lindas poblaciones que á cada vuelta del tortuoso curso del rio se presentaban, no era ménos variada y curiosa, aunque de muy diferente género, la que hacia la comitiva viajera. Las bromas, diversiones y pasatiempos de los franceses en los viajes de agua y tierra se reducen á sacar cada uno, tan pronto como se acomoda en su plaza, un periódico ó un libro y ponerse á leer.

Centenares de personas nos acompañaban en aquella expedición, y apenas sería el diezmo el que no leía algo; las diligencias y vapores son gabinetes ambulantes de lectura: la conversacion era exclusiva de los cuatro españoles; y mas que á nosotros nos puede admirar el recurso que ellos buscan y necesitan para entretener el camino, les admira á ellos la animacion, jovialidad y confianza que en los viajeros españoles notan siempre con sorpresa, por ser para ellos cosa desconocida.

Por curiosidad nos pusimos á brujulear lo que leía cada uno, y era cosa de ver á las aldeanas que volvian de vender una cesta de huevos, un cántaro de leche, ó un canastillo de escarola en la ciudad, tirándose de punta á cabo el *Memorial Bordeles*, el *Indicador*, el *Faro de los Pirineos*, la *Revista de Ambos Mundos*, el *Siglo* ó el *Constitucional*: tal señora recorría las páginas de la *Revolucion de Francia* por *Thiers*; tal jovencita de 16 años leía los *Deberes de las Madres*, en lo cual no sé si entrarían los deseos de que la comprendieran pronto aquellas obligaciones; y tal barbudo varon foliaba con mucha curiosidad el *Manual de Manuales* ó *Diccionario de ahorros de la casa*, por *Mr. Dubourg*. De manera que allí todo era vice versa: la hija leía lo que debía leer la madre, el hombre de las barbas estudiaba el método de condimentar económicamente un anade ó un faisán y el modo de hacer una nueva salsa de yerbas, que le pertenecía de derecho á las hueveras y hortelanas, y estas repasaban los artículos de fondo de los periódicos de política, que le estarían mejor al varon del espeso bigote. Todo esto nos divertía grandemente á nosotros, y de ello sacábamos no poco partido, sin dejar por eso de exclamar: « ¡cuando veremos tan generalizada en nuestra España la afición á la lectura! Y ya que no fuese la afición, cuando lograremos siquiera que las masas del pueblo sepan leer! » También nosotros al cabo de un rato quisimos sustituir la lectura á la conversacion, y uno de los compañeros, que aunque era aragones, en la eleccion de la obra parecia catalán, sacó las entregas que acababa de recibir de la « *Historia criminal del Gobierno inglés desde los primeros asesinatos de Irlanda hasta el último envenenamiento de los chinos* por *Eliás Regnault*. » La lectura del prefacio ó prólogo, en que el autor con un nervio, con una vehemencia, con un fuego á que alcanzarán pocos escritos, reseña las atrocidades cometidas por aquellos isleños en todas épocas guiados por el espíritu de conquista universal que los domina, y excita y provoca á una cruzada general contra ellos, y expone la necesidad de abatir y humillar al coloso

britano, nos causó impresiones harto profundas, y nos hizo pensar mas seriamente de lo que á un viaje de recreo competía en la suerte futura de nuestra patria, si no acabamos de apercibirnos bien de los dominadores planes de los que asesinaron á los irlandeses y envenenaron á los chinos y se van apropiando la China como se apropiaron la Irlanda.

Así llegamos á dar vista al hermoso puente colgante de Langon y á la bellísima esplanada de San Macario, habiendo empleado poco mas de tres horas en el viaje, despues de haber hecho el vapor mas de veinte detenciones en el tránsito para dejar y recibir los viajeros que en cada pueblecito se quedaban ó de cada pueblecito salian. Desembarcamos, pues, y entramos en Langon, donde permanecemos hasta la misma hora del dia siguiente.

Nada diré de lo que en Langon hicimos, por ser cosas que atañen á particulares y amigas personas. Al regreso nos tocó ir en el vapor *Montesquieu*: y hé aquí justificado lo que en otro artículo dije, que por todas partes me tocaba encontrarme con vestigios y recuerdos del autor del *Espíritu de las Leyes*.

Entre las cosas que á la vuelta nos llamaron la atencion, y que dan idea de lo que inventan y discurren los franceses para llamar la del público, fueron las caprichosas pinturas de los tablones de anuncios sobre las puertas de las fondas y cafés que se encuentran á las márgenes del rio, y principalmente una en que para decir: « Aquí se aloja á pié y á caballo *ici on loge à pied et à cheval*, » lo tenían dispuesto en esta ingeniosa forma: « Ici on..... (y en seguida una casa pintada para significar LOGE: A (esta A la formaban dos hombres separados por los piés y tocándose con las cabezas) seguía un pié pintado para sustituir á la palabra PIED: el ET le hacían otros dos hombres en actitudes que formaban una & y el CHEVAL estaba representado por un caballo blanco. Si así discurren para llamar la atencion en las miserables aldeas, figúrese el lector cuánto inventarán en las populosas ciudades.

#### El puente de Cubzac.

Ya que de excursiones voy tratando, aconsejo á todo extranjero, y mas si es español, ya se halle en Burdeos sin ánimo de pasar mas adelante, ya le tenga de continuar á Paris, que si quiere admirar el puente colgado mas grandioso, mas atrevido, mas elegante y esbelto que hay en toda la Francia, y no sé si en otra parte alguna, no deje de hacer una excursion ex-profeso á *Cubzac*,